



La trinchera

Juncal Baeza*

Quisiera decirle a Jana que tuve que irme porque no soportaba más el cemento de la ciudad, ni sus carteles luminosos, ni la firme estructura racional de sus adoquines. Atravesar esas calles se había convertido en un suplicio para mí, sobre todo en los últimos días, ¿se acordará?, tiene que acordarse, seguro, aquéllos que estuvieron llenos de tormentas y de vientos, tantos que hasta los hombres del tiempo agitaban la mano arriba y abajo en el telediario, sin terminar de creérselo, diciéndonos a los espectadores que nos preparásemos para las rachas de cientos de kilómetros por hora del aire en los escondrijos de la ciudad, no me acuerdo cuántos, un montón, que nos alejásemos de los balcones, que buscáramos protección en las casas.

Lo veíamos juntos en televisión: las advertencias mudas, los gestos sin eco que brotaban de la pantalla; porque ella siempre tenía el aparato encendido pero le quitaba el volumen del todo, para poder escuchar música mientras, porque eso es lo único sin lo que no podía vivir. “Y tú”, me decía, “sin ti, tampoco”, y yo la miraba sabiendo que iría siempre unos cuantos pasos por detrás de Edith Piaf; cómo no iba a saberlo, si la había visto llorar un millón de veces ante esa vibrante garganta, con los versos franceses que repetía de oídas mientras cocinaba.

Cuando se marchó el verano, y se tiñeron las callejuelas del gris ilimitado de las tardes de otoño, vivir en la ciudad se convirtió en una tortura. Los profesionales no daban crédito al nuevo compás climatológico que nos acompañaba. Surgieron, aquí y allá, casos de nuevas locuras, personas que dejaban escapar su juicio en las tripas turbulentas

de los remolinos de aire, o gente que regresaba a los pueblos buscando el refugio proporcionado por las laderas de las montañas.

Los árboles de las avenidas amanecían tronchados, con los troncos reventados a media altura, y astillas flotando en todas direcciones. Jana me advertía que caminase alejado de los bordes de las casas, no se fuera a desprender una teja y me rompiese la crisma en un segundo. Creo que me estoy volviendo loco yo también, me quejaba protegiéndome los oídos del silbido doloroso que se filtraba por las ranuras de las puertas y a través de los barrotes del balcón, revolviendo también mis propios miedos.

Espérate tranquilo, pasará. Pero yo no la escuchaba, no podía escucharla porque si me despegaba las manos de las orejas sentía que se me metía todo ese aire dentro, que me llenaba el espacio entre la nuca y los ojos y convertía mis pensamientos en un remolino sin principio ni fin, en un nudo imposible de deshacer; temía que todo mi interior se revolucionase igual que las copas de los árboles, que se mezclasen los recuerdos con los remordimientos, las culpas con las promesas del futuro, no lo sé, cualquier estropicio de esa clase que después no pudiese corregir. Dentro de mi cabeza, no. No podía vivir bajo la amenaza de la locura y tuve que irme.

¿Una excusa? Jamás. El viento era una tortura, pero no lo suficientemente insoportable como para alejarme de la ciudad. Habría batallado contra la locura del viento que inundaba los pliegues de mi ropa y partía las paradas de autobús

* Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXII “Concurso de Cuentos Villa de Errenteria” organizado por Ereintza Elkarte, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria.

como si fueran nueces pequeñas. Habría seguido allí, caminando con la mochila asida con fiereza, envuelta entre los brazos; habría recorrido el trayecto entre mi casa y las clases con la cremallera de la cazadora apresada entre mis dientes, para que no saliese arrancada de mi pecho como una raspa de pescado muerto.

Pero, en realidad, el azote del viento simplemente se convirtió en mi lanzadera. Era la razón última que había abierto en mi garganta el anhelo de marcharme, después de que el mundo –el mío y el de Jana– no resistiese más el empuje de las rachas de aire y se viniera abajo. Como si nunca hubiese tenido pilares sólidos que lo sostuvieran. Me dolió la ironía de su flaqueza. El desmayo de la resistencia muda y valiente que nos había acompañado a ambos, desde que nos quedamos solos y sin saber qué hacer, y durante el tiempo en que fui solamente yo para ella –y Edith– y ella para mí; esa resistencia imbatible, pétrea, se esfumó, desapareció ante mis ojos empujada, no por el viento huracanado y la locura, sino por palabras que la echaron al suelo y la cubrieron de barro.

No fui capaz de decirle a Jana que me iba porque temía que quisiera retenerme, y yo no habría aguantado una tarde más metido en el mismo bar de siempre, te lo juro, esperando a ver si los toldos del mercado se agitaban un poco más despacio para atrevernos a salir caminando hacia casa, envolviéndonos el cuerpo con los brazos y con la cabeza gacha, esquivando el viento con la frente y frunciendo los ojos. Todo eso ya no valía para mí, había dejado de ser el lastre con el que tenía que cargar, por ella.

Se lo insinué sin embargo, un día. De sopetón le dije que cualquier mañana me iría, sin avisar a nadie, porque no podía soportarlo más. Qué disparate, me dijo, y siguió cambiando de canal en la televisión con la misma falta de interés que las horas anteriores. La miré fijamente desde el sofá, apretándome las piernas dobladas, quería que me mirase, que entendiese que en el fondo nunca antes había estado más seguro al decir algo de lo que lo estaba entonces, pero ella estaba hipnotizada con el salto repentino de los programas y ni siquiera giró la cabeza un poco.

Pero es que era como si el viento, esos zarpazos helados e inaprensibles, hubieran logrado atravesar también la barrera de mis tímpanos, en forma de pasado, de un traspies hacia atrás que ella permitió que diésemos, arrancando de cuajo el universo único que nos había costado tantos inviernos construir.

Por eso he tenido que marcharme sin decirle nada, y sé cómo estará ella ahora, puedo imaginarla sin esforzarme apenas. Seguro que llegó a casa esa tarde en que alguien iba a colocar un punto y final en la trayectoria de sus días, después de llamarme cientos de veces



al no verme en el bar de la esquina, a la hora de siempre, y se encontró con mi armario vacío. Dejé las puertas abiertas a propósito, para que nada más entrar notase mi ausencia, quería arrancarle la tranquilidad de las cosas que se dan por hechas antes de verlas siquiera. Así, pensé, en cuanto tropiece su vista con mi armario abierto se asomará dentro, como a una gruta oscura, y cuando no halle mi ropa en su interior entenderá que me he marchado y que, tal vez, nunca voy a volver.

Te escribo a ti ahora porque en realidad hay millones de cosas que querría haberle dicho a Jana y no lo hice; si lo pienso bien, creo que me arrepiento un poco, porque, en definitiva, no puedo decir que fuese todo culpa suya. Llegué a comprender la soledad de las cuencas de sus ojos, y esa tirantez casi invisible que le rodeaba la boca desde hacía años. Tal vez esta sensación indulgente solo esté aquí dentro, justo por encima de las costillas, porque me ronda constantemente una inquietud por haberme ido tan precipitadamente, sin despedirme, sin darle a ella tampoco la ocasión de decirme nada, de defenderse, de empujarme, de explicarme que somos sólo Edith y yo, pero nunca más él, o de darme un abrazo. Al final esa sensación es como un muelle dentro de mi cabeza, que se golpea infatigablemente contra los bordes de mi cráneo. En ocasiones ni siquiera puedo dormir.

Te decía –a re-
gañadientes, con el
borde de un dolor
inaceptable en las
sienes– que ella no
tiene la culpa de que
aquel ignorante vol-
viese a su vida, pero
bueno, bien pudo no
abrirle las puertas y lo
hizo, y yo se lo había
advertido, nunca más,
me oyes, nunca, y
ella había susurrado
una promesa; es cier-
to que muy bajito y
sin mucho convenci-
miento, como cuando
a un niño le obligan

a pedir perdón y no quiere, pero una promesa es una promesa, al fin y al cabo. Es como si yo ahora le prometiese, de forma escurridiza, que algún día volveré, y luego no vuelvo, algo así no puede consentirse, no está bien, en el momento en que le haces creer a alguien que las cosas serán de una manera, el que sean de otra se siente como una pequeña traición. Por eso hay que tener cuidado con lo que se promete.

Y me prometió que no habría más interrupciones, ni gritos en la penumbra del pasillo de casa, ni más oportunidades inmerecidas regaladas solo por el miedo a continuar solo. Me prometió que no habría más intentos de que yo me sintiese su hijo, ni más tardes en que me viniese un extraño a buscar al instituto diciendo que era mi padre. Ni tampoco más arrestos, ni cuchicheos del vecindario empujándome la espalda mientras subía por la escalera..., menuda vida le dan a este chico.

Aquel día ella me dijo que de acuerdo, que nunca más, porque yo se lo estaba pidiendo y a fin de cuentas a un hijo propio se le quiere mucho más que a un marido. Y luego, sin embargo, le vio aparecer en la puerta del bar de Brent, en el que siempre escogíamos el mismo rincón ella y yo





para discutirnos cualquier cosa y querernos lanzar un vaso a la cabeza antes de subir a casa, y se le cayeron las comisuras de los labios hacia abajo, y yo hasta noté que le vibraba un poco el hueco de la garganta donde se apoyan los collares de piedras.

Ya te dije que volvería, fue lo primero que él le dijo, y la mano de Jana, de mi madre, que de pronto parecía una niña a mi lado, buscó a tientas la mía por debajo de la mesa, como queriéndome decir que, fuesen cuales fuesen las palabras que pronunciase a continuación, yo iba por delante de todo, no fuese a sentirme abandonado antes de tiempo. Y tú qué, chaval, me dijo a mí, queriéndome revolver el pelo de mis veinte años, como si fuera un chiquillo. Siempre me había hablado como si fuésemos amigos de la misma edad, como si él no se hubiese inmiscuido en mi vida y la hubiese puesto patas arriba. A continuación el universo se sostuvo en un tiempo quieto y tuve la sensación de que cualquier cosa podría pasar en ese instante. Por encima de la barra vi a Brent que, imperceptiblemente, pasaba el trapo limpiando los restos de cerveza algo más lento que de costumbre, porque nos estaba mirando, porque sabía que allí, en su bar, delante de sus ojos, estaba teniendo lugar una escena.

Esperé ansioso a escuchar a Jana decirle no te queremos aquí, le prometí a mi hijo que nunca más, y la miré con los ojos bien abiertos y el corazón acelerado. Su mano seguía fuertemente asida a la mía, como a una tabla de madera en un naufragio, y yo se la apreté un poco, en silencio, y luego me aparté de su lado, empujé la silla hacia atrás haciendo mucho ruido, y me levanté; me escurrí en el hueco entre la mesa y los baldosines de la pared, y los dejé solos, porque empezaba a sentirme un intruso allí en medio.

Fui al baño y no sé cuánto tiempo pasó porque abrí el ventanuco que había encima del water y me dediqué a mirar, con los ojos entrecerrados, cómo el viento se llevaba cualquier cosa por delante allí afuera. Vi a la gente caminar encorvada para ofrecer menos resistencia al viento, y las muecas de sus rostros al ser forzados por las corrientes. En ese momento decidí que me iría de la ciudad a algún sitio donde nunca soplar el viento, porque ya, además de cansado de resistir con mi cuerpo la fuerza del aire, también me sentía loco por dentro, y dolorido.

Caminé hacia la mesa donde había dejado a Jana y desde lejos ya la vi, derrotada, aunque ella jamás lo reconocería; en ese mismo instante ya estaba rendida, sentada con el cuerpo un poco vertido hacia delante, como quien va a recibir un beso, y el muy desgraciado de él estaba sentado con las piernas abiertas y la silla al revés, con los brazos cruzados en el respaldo como si estuviera en el oeste y esto fuera un *saloon* y no el bar de Brent donde las croquetas siempre saben a lo anterior que se haya frito. Me apoyé un momento en la barra, sobre un codo, mirando cómo le temblaban a mi madre las dudas en las pestañas, sin terminar de creer que nos hubieran derribado tan fácil la trinchera que habíamos construido juntos en esos años que estuvimos ella y yo solos.

En ese momento alguien abrió la puerta y entró en el bar, y luego se dio la vuelta para empujar

con las dos manos el vidrio grueso y volver a cerrar sin que se colasen dentro más hojas de árboles o más bolsas de plástico abandonadas. Entre varios le ayudamos a empujar porque la fuerza del viento podía con él, le enganchaba la gabardina y le dejaba jugueteando como un pelele en una representación teatral. Cuando cerramos la puerta y el silencio volvió a ser roto solamente por el entrechocar de los vasos y los murmullos de las conversaciones ajenas, ya sabía que mi madre me estaba mirando.

Estaba de nuevo erguida en su silla, fingiendo una muralla que no existía, así que le busqué los ojos, que es donde ella nunca ha podido esconderme nada porque parece que se los hubieran construido sin tapa, y todos sus pensamientos se asomaron al borde de las pupilas sin protegerse. Cuando nos miramos, ella a mí y yo a ella, ya lo supimos, así que nadie dijo nada. A partir de ese día pensé con más intensidad cada vez en alejarme de las callejuelas entre el bar y mi casa, y fue entonces cuando se lo insinué a medias. Seguro que lo entiendes, habría sido imposible de otra manera.

Así fue, exactamente así, como cogí el autobús sin remordimientos y sólo me acordé de Jana

cuando puse de nuevo los pies en el suelo y fui consciente de que el aire aquí, donde me encuentro ahora, desde donde te escribo, huele diferente y no se mueve apenas. Este lugar es exactamente igual al que aparece en la foto del calendario que Brent tiene colgado detrás de su cabeza, y detrás de la barra. A veces miro por la ventana y me entra nostalgia de todo aquello. Supongo que esta mañana me he sentido así y por eso te escribo, por no escribirle a ella.

El día que llegué aquí, cogí un puñado de tierra del suelo y lo solté en el aire para ver si se lo llevaba por delante o simplemente caía, como un cuerpo muerto, y volvía a posarse en el mismo lugar donde estaba antes, dejando un rastro de polvo. Aquí no hay viento, entiendes, ni viento ni apenas bares que tengan baldosines en las paredes y croquetas que saben a cualquier otra cosa.

Quisiera decirle a Jana que lo siento; querría habérselo dicho antes de marcharme, pero no lo hice. No lo hagas tú ahora, no le digas que te he escrito, no le menciones nada por si acaso ella piensa, por un instante siquiera, que tal vez estoy pensando en volver.

